

«Ahora todo el mundo quiere limpiar su pasado»

ENTREVISTA

CÉSAR COCA



ccoca@elcorreo.com

Convencido de que la sociedad vasca no es quien ha derrotado a ETA, Aguirre advierte que el nuevo tiempo obliga a muchos a hacer una severa autocrítica

Rafael Aguirre (Bilbao, 1941), teólogo y catedrático emérito en la Universidad de Deusto, está convencido de que el tiempo que se abre requiere de una regeneración moral muy importante porque durante décadas la sociedad vasca, o buena parte de ella, hizo la vista gorda ante la inaceptable violencia que había en su seno, ignorando que conculcaba los más elementales derechos. Ha sido la vasca, sostiene, una sociedad acomodada en su nivel de bienestar, en la que muy pocos han denunciado lo que pasaba, asumiendo riesgos. Por eso ahora, cuando el horizonte de la paz parece al alcance de la mano, asegura, todos quieren limpiar su pasado, pretenden



«ETA nació en el seno del nacionalismo tradicional como la Inquisición en el de la Iglesia. También matará por el celo de Dios»

«Hay que deslegitimar la violencia etarra y, por tanto, la causa por la que se ejerció»

— ¿Por qué motivo?

— Porque obliga a una autocrítica del nacionalismo. A eso me refiero al decir que ETA nació en el seno del nacionalismo como la Inquisición en el de la Iglesia. También esta matará por el celo de Dios.

Contaminación

— Muchas veces da la impresión de que los comunicados de ETA o el discurso de la izquierda abertzale han terminado por contaminar la forma de expresarse, los conceptos de toda la sociedad o buena parte de ella.

— Tras la Transición ha habido una penetración social de ese lenguaje y de los mitos del nacionalismo. Ahí están la bandera y el himno, que son los de los nacionalistas. Se hizo en parte porque como habían estado prohibidos tenían una cierta mística y porque se pensaba que de esa forma se quitaban argumentos a ETA. Pero la bestia creció con ello. Ante todo eso, partidos e intelectuales no nacionalistas han tenido un complejo de inferioridad más que manifiesto. Y luego han estado todos los medios de que ha dispuesto el nacionalismo.

— ¿A qué se refiere en concreto?

— A que los nacionalistas han estado en el Gobierno vasco hasta 2009 y eso les ha permitido introducir su lenguaje y crear un ambiente social para imponerlo. A veces, con poca propiedad, como ese ambiguo concepto de pueblo, o la aceptación de la visión nacionalista de la historia de este país. Todo ello, con afán de marcar fronteras y crear un estereotipo de lo español como algo que hay que combatir. Eso está cambiando.

— ¿Por qué?

— Sobre todo, gracias a investigaciones serias de muchos historiadores que ponen en cuestión muchos de esos mitos. Y en la política se ha abierto camino el concepto de ciudadanía, que nos iguala a todos y exige pluralidad dentro de la sociedad.

— Ese concepto de pueblo vasco es muy querido para líderes como el exlehendakari Ibarretxe.

— Sí, su discurso y su proyecto están basados en ese concepto mítico de pueblo, idealizado y monolítico, que se pierde en los albores de la historia. Este nacionalismo no digiere una sociedad plural.

— ¿Qué se puede hacer para que, como piden algunos, no haya vencedores ni vencidos, y, como solicitan otros, quede claro quién adoptó comportamientos inaceptables y quién fue víctima inocente?

— Ese es el combate por el relato del que tanto se habla. Hay quien se refiere a todas las violencias y quienes diferenciamos. Las víctimas de ETA son muchas más, su violencia ha durado mucho más y, además, ha matado en función de un proyecto político. No basta reconocer todos los sufrimientos. Hay que deslegitimar la violencia etarra y, por tanto, la causa por la que se ejerció.

«La Iglesia vasca ha hablado mucho de todo esto, erigiéndose excesivamente en experta en cuestiones de ética política pero desde una perspectiva muy nacionalista. Ha hablado de conflicto, de empate infinito que exigía una negociación. Le faltó cercanía a las víctimas durante mucho tiempo y lucidez para denunciar una ideología idólatra, que ocupa el lugar de Dios. Por eso no tiene ningún prestigio entre las víctimas. Y por eso en su mismo seno ha habido gente que se ha sentido muy incómoda. No es casualidad que los clérigos y la Iglesia en su conjunto nunca fueran amenazados por ETA».

Medidas sobre los presos

«Una amnistía sería rechazable»

«El acercamiento de los presos es una medida a estudiar, pero que ellos se acerquen primero a la democracia. Caben también otras medidas particularizadas en la legislación vigente que deberán aplicarse en función de situaciones y comportamientos. Una amnistía es rechazable porque sería dar carta de naturaleza al olvido y la impunidad. Después de matar físicamente a las víctimas, sería como hacerlo también moralmente. Una democracia debe tener un fundamento moral y político muy sólido».

«Una democracia debe tener un fundamento moral y político muy sólido»

Y TAMBIÉN

El papel de la Iglesia vasca

«Le faltó cercanía a las víctimas»

Esa causa no se puede ir de rositas, no puede transitar por la democracia sin una profunda conversión.

El perdón

— ¿Y eso cómo se hace si no queremos vencedores ni vencidos?

— No se trata de humillar o vencer al vencedor como ser humano. Tiene que ser vencido pero en lo político, ideológico y policial, porque si no es así, no habrá un futuro digno para esta sociedad. Se le invita a que se inserte en la democracia, que es la victoria de todos. Para ello, tiene que reconocer lo que hizo. En democracia tiene que haber unos elementos comunes en el relato y a partir de ahí son legítimas algunas variaciones.

— ¿Cuáles deben ser esos elementos comunes?

— En ETA fue un fenómeno aberrante política y moralmente, que sus acciones fueron injustificadas, que su causa es fanática y reprochable. Las víctimas merecen verdad, justicia y reparación.

— ¿Y el perdón? ¿Qué pasa si los culpables de crímenes lo piden y las víctimas no lo conceden?

— Hay un perdón social que tendrá que administrar la autoridad democrática sin ofender a las víctimas. Y luego está el particular. Habrá que ver si el victimario, además de saldar su delito, reconoce su culpa. Y si la víctima no tiene tanto dolor acumulado que se pueda contentar en odio. Todo eso requiere un proceso que no se puede forzar, sólo acompañar. El perdón no es una exigencia estricta de justicia pero sí un gran valor para la recuperación personal de víctima y victimario. El que las víctimas no se hayan tomado la venganza revelan una gran nobleza.

— Cuando ETA matara era fácil reunir a los demócratas tras la pancarta. Ahora serán más complejos los consensos. ¿Cómo se puede hacer?

— Nuestra sociedad necesita serarse después de tanta tensión, requiere tiempo. Inaki Antónegui dijo en el Congreso que la paz no es irreversible y eso me alarmó. La existencia de ETA ha supuesto una incorporación en el nacionalismo y ahora es preciso que se normalice el ejercicio de la libertad. Una encuesta reciente dice que el 40% de la gente aún no se atreve a hablar en público de política. Cuando todo eso se vaya corrigiendo, será posible dialogar con libertad. Puede ser una fase muy interesante.

— ¿En qué sentido?

— El nacionalismo tendrá que preguntarse cómo pudo suceder cuanto ha sucedido; la izquierda abertzale deberá evolucionar y los partidos no nacionalistas deberán articular un discurso coherente y tener una presencia pública desacomplejada. Se abrirá una fase nueva, en la que nadie, y menos la izquierda abertzale, podrá meter prisa. Al fin y al cabo, ellos han tardado cuarenta años en renunciar a la violencia.

que nadie se acuerde de que miraron hacia otro lado mientras sus vecinos sufrían en sus carnes la violencia o las amenazas. Una democracia debe tener cimientos muy sólidos, y eso requiere una notable autocrítica por parte de casi todos.

— Imaginé este final para la violencia terrorista, una declaración sin disolución ni entrega de armas?

— No tenía ninguna hipótesis al respecto. A veces pensaba que habría podido acabar de una forma más próxima a los postulados del nacionalismo radical, forzando una negociación. Pero en el fondo estaba convencido de que era posible su demora por parte del Estado de Derecho, que es lo que ha sucedido, aunque hay cosas que no me satisfacen.

— ¿Cuáles?

— No me satisface que esa derrota pueda ser revivida en la política por sus herederos y que se les hayan dado facilidades para ello. Ante un sector importante de la población, parece que esos herederos quienes han conseguido acabar con la violencia, cuando lo que ha sucedido es que el grupo más lúcido de entre ellos, cuando ha visto que la derrota era inevitable, ha maniobrado para entrar en política y quedar incluso bien situados.

— Mucha gente considera que Otegi es el artífice de la paz.

— Ha habido un pulso entre corrientes: entre los más lúcidos de quienes hablaba y los oportunistas que querían seguir la senda del terrorismo. Los primeros han hecho de la necesidad virtud porque se han visto acorralados políticamente y cada vez con menos apoyo social. El mérito de Otegi y compañía ha sido imponerse sobre los violentos.

— ¿Cree que ETA ha dejado la violencia por convencimiento de su injusticia o por razones tácticas?

— Lo han hecho por táctica, no por convencimiento democrático. Ahora se abre un tiempo en el que vamos a ver cómo evoluciona el mundo del abertzalismo radical si el referente de ETA. Mientras la violencia seguía, no era necesario para ellos hacer política. Creo que ahora surgirán voces plurales en ese colectivo, porque el contacto con la realidad cambia mucho las cosas. Se les acaba el gran referente simbólico, no están bajo el mando de las armas y deberán adoptar medidas concretas. No excluyo que algunos terminen aceptando la democracia por convencimiento, y eso les llevaría a una visión muy crítica sobre su propio pasado.

La indiferencia

— Usted ha escrito que la sociedad vasca, contra lo que muchos están diciendo, no ha derrotado a ETA. Es un análisis muy duro.

— En algunas épocas, ETA contó con apoyo social, en otros con simpatía y en todo su recorrido se encontró con muchos espectadores indiferentes. Apenas hubo una gran reacción social contra ETA, sólo en momentos muy concretos. Por el con-

trario, aquí ha habido animadversión hacia instituciones democráticas gracias a las cuales se ha derrotado a la banda. El mundo de la izquierda abertzale tiene muchas relaciones con el nacionalismo tradicional y por eso a este le ha sido tan difícil desligarse del todo. Rechaza la violencia, por supuesto, pero había una cierta afinidad ideológica, y eso permitía respirar a la izquierda abertzale y le daba esperanza de que un día llegaría la tan reclamada por ellos acumulación de fuerzas nacionalistas.

— Acaba de hablar de la indiferencia de muchos. ¿Ha sido el gran pecado de la sociedad vasca?

— La sociedad vasca quiere vivir bien y que le dejen de historias. Enfrentarse a ETA y asumir riesgos... eso es algo a lo que una amplia mayoría no estaba dispuesta. Ahora todo el mundo quiere limpiar su pasado.

— ¿Cómo es posible que una sociedad desarrollada, moderna y con un buen nivel económico haya aceptado la violencia como instrumento político?

— El fenómeno de ETA no hundió sus raíces en un supuesto conflicto con España sino que es endógeno. Nace de la entraña del nacionalismo de la misma forma que la Inquisición nació en el seno del cristianismo. ETA desarrolló un concepto de nación fanatizado, que endurece el corazón, marca fronteras —en este caso, con España— y quiere uniformizar por dentro a la sociedad vasca. Eso justifica el asomiento de quien estaba. Todo esto hay muchos que no lo quieren ver.